

Consideramos de gran interés esa profundización que se hace de la «koinonía», por cuanto representa una clave fundamental para el entendimiento de la Iglesia primitiva, e incluso, si se nos apura, diríamos que tiene validez para la Iglesia de todos los tiempos.

Hubiéramos deseado una mayor clarificación en las afirmaciones que se hacen sobre los orígenes del monacato (pp. 160 y ss.), aunque reconocemos las dificultades que supone este esfuerzo clarificador. En este sentido apuntamos una breve sugerencia. Cuando se habla del monacato en la Península Ibérica (p. 172) se podría hacer una referencia —aunque fuera en nota a pie de página— a S. Fructuoso de Braga, que tuvo una destacadísima actuación en el desarrollo del monacato en la comarca del Bierzo.

En síntesis podemos decir que el presente volumen cumple sobradamente los objetivos propuestos por sus autores y le auguramos una buena acogida por parte de los estudiosos de la antigüedad cristiana.

DOMINGO RAMOS-LISSÓN

ORIGÈNE, *Homélie sur le Lévitique*, tomes I-II, texte latin, introduction, traduction et notes par Marcel BORRET, Paris, Cerf («Sources Chrétiennes», n.º 286 y 287), 1981, 374 y 379 pp., 12,5 x 19,5.

De todos es conocida la importante tarea exegética del gran maestro alejandrino. Efectivamente, entre su inmensa producción literaria, merecen un capítulo aparte sus obras exegéticas: escolios, homilias y comentarios. Los volúmenes que ahora presentamos se refieren a las segundas, es decir, a las homilias o sermones que pronunció Orígenes con ocasión de diversas reuniones litúrgicas. A las que aquí nos vamos a referir tienen como centro de análisis el Levítico y fueron pronunciadas en Cesarea de Palestina.

La primera edición de estas homilias salió a la luz en el año 1920. Baehrens fue el encargado de estudiar críticamente la traducción latina que Rufino había realizado sobre el original griego [cfr. «GCS» 29 (1920)]. También Courcelle, años más tarde, fijó su atención en algunos fragmentos de estas homilias (cfr. *Fragments patristiques de Fleury-sur-Loire*, en *Mélanges Grat*, vol. II, Paris 1949, pp. 145-157). De todas formas, el estudio que nos presenta Borret, en la presente edición, marca sin duda un paso importante en la transmisión de la obra exegética del maestro alejandrino concerniente al Levítico.

Como el mismo Borret afirma, no es precisamente el Levítico el libro veterotestamentario más estudiado, y parece ser que es el menos atractivo para los especialistas, tanto antiguos como modernos. Si nos atenemos al Pentateuco, los libros del Génesis y del Exodo son los que se han ganado las preferencias de los investigadores. También Números, aunque en menor medida. En un último lugar, casi imperceptible, aparece el Levítico. Las razones de este escaso interés son múltiples y variadas, pero podrían señalarse las siguientes: poca relevancia histórica, profética

o poética; innumerables repeticiones acerca de cosas insignificantes; enumeraciones interminables sobre ritos, vestimentas y reglamentaciones del culto que se practicaba en el templo de Jerusalén; inventarios de todo tipo; etc. ¿Qué sentido pueden tener para nosotros esos viejos ritos ya abandonados, o la minuciosidad de sus prácticas, o las variedades de las antiguas enfermedades, o la anatomía de las víctimas de las mismas? Autores modernos como W. Kasper, G. von Rad, R. Girard, entre otros, no han encontrado la respuesta adecuada.

El planteamiento de todas esas dificultades viene de lejos. Al mismo Orígenes se le presentaron igualmente, y suponía, no sin razón, que los oyentes de sus predicaciones podían planteárselas. Por esta razón, el maestro de la escuela teológica de Alejandría trata de dar la solución adecuada a esos problemas en algunas de las presentes homilias; ese es el objetivo o finalidad de sus prédicas sobre el Levítico. Así, dirá en la primera de esas homilias: «Al final de los tiempos, el Verbo de Dios, revestido de carne tomada de María, hizo su entrada en este mundo; y una cosa era lo que en él se veía, y otra diferente lo que había que entender —puesto que la carne en él era manifiesta a todos; sin embargo, el conocimiento de su divinidad sólo era dada a unos pocos elegidos—; de tal manera que, cuando fue anunciado el Verbo de Dios a los hombres por los profetas y el legislador, no se hizo sin los adecuados revestimientos. Lo mismo que entonces fue revestido de carne, aquí lo es por la letra; aunque la letra es vista lo mismo que la carne, no obstante, el intrínseco sentido espiritual que encierra da a entender la divinidad. Esto es precisamente lo que encontramos en el libro del Levítico, en el que son descritos los ritos sacrificiales, la variedad de víctimas y los oficios de los sacerdotes. Todas esas cosas, según la letra, que es como la carne del verbo de Dios y el vestido de su divinidad, pueden verse y considerarse como dignos o como indignos. Pero, 'bienaventurados los ojos' que ven el Espíritu divino oculto tras el velo de la letra; y bienaventurados aquellos, que prestan sus oídos para escuchar al hombre interior. De lo contrario sentirán claramente en esas palabras la letra que mata» (*Hom. I, 1*).

El texto que hemos reproducido no señala únicamente los motivos circunstanciales que tuvo Orígenes al pronunciar dichas homilias, sino que muestra igualmente otras intenciones más profundas del maestro alejandrino. En efecto, el lector atento de las homilias notará la frecuente afirmación origeniana del doble plano de percepción en el que es presentado Cristo mismo, y, siguiendo el paralismo, los dos niveles de interpretación que presenta la Sagrada Escritura. De igual manera que el Logos divino ha venido al mundo revestido de carne, para poder ser visto por todos, así también —dirá Orígenes— la Escritura posee un sentido literal —el de la palabra oral transmitida por Dios a los hombres, mediante los profetas, y que ha sido escrita en los libros sagrados—, que puede ser entendido por todos. Pero, así como la carne de Cristo ocultaba su divinidad, que era lo realmente importante, de modo análogo el sentido literal de los libros sagrados oculta otro sentido, el espiritual, que es el auténticamente verdadero. Es digno de mención el pasaje de la *Homilía IV, 2* en el que Orígenes distingue claramente ambos sentidos

de la interpretación de la Sagrada Escritura, al comentar aquella frase del Señor: «Las palabras que os he dicho son espíritu y vida» (Jn 6,63). Este es el trasfondo teológico en el que se desarrolla toda la predicación de Orígenes en las *Homilias sobre el Levítico*.

Para llegar a la misma conclusión del doble sentido de la Escritura, el maestro de Alejandría se sirve también de la analogía de la Escritura y la concepción tripartita del hombre, tema de la *Homilía V*: también la Sagrada Escritura tiene cuerpo, alma y espíritu, al igual que el hombre, dirá Orígenes. El cuerpo sería la letra; el alma se identifica con el sentido encerrado en la letra; finalmente, el espíritu lo constituyen las verdades encerradas en dicho sentido.

Según la analogía cristológica del aducido texto de la primera *Homilía* parece que la Escritura encierra dos sentidos. Pero si se sigue el esquema tripartito de la antropología origeniana, son tres los sentidos que hay que ver en la interpretación escriturística. ¿Cómo explicar esta aparente contradicción? Marcel Borret nos introduce en la explicación: «Non qu'il faille s'arrêter à une vue statique de notions ou de réalités qui s'étagent. Il s'agit non seulement de structure, mais de mouvement et de vie» (p. 21). La tricotomía, continúa afirmando Borret en la introducción a las *Homilias*, se expresa bajo la forma de dos secuencias, cuya distinción reviste una capital importancia: La primera secuencia —historia, moral, mística— corresponde a las tres etapas de la formación cristiana, mientras que la segunda —historia, mística, moral— únicamente difiere en la distinta disposición de los dos últimos términos o estadios. El movimiento concluye, según ambas secuencias, en la misma meta final, es decir, en Dios, aunque lleguen a El por dos caminos diversos, y no solamente en la forma que se desarrollan, sino también cualitativamente. Por eso, dirá Borret, la diferencia de las dos secuencias no es solamente cuestión de análisis psicológicos o de consideraciones éticas, sino que se trata de estructuras diversas; filosófica la primera, y teológica la segunda (pp. 22-30). Así es como la tricotomía se resuelve en dicotomía.

La laboriosa introducción realizada por el traductor galo de las *Homilias sobre el Levítico*, además del estudio sobre los sentidos que encierra la hermenéutica de la Sagrada Escritura, según el maestro de Alejandría, incluye también unas pinceladas sobre la cronología y lugar de composición de las mismas. Borret piensa que fueron pronunciadas en Cesárea de Palestina, en la cuarta decena del siglo III, cuando Orígenes debía de tener unos sesenta años. Son igualmente meritorias las noticias que Borret aporta respecto a la tradición manuscrita de estas *Homilias*, la clasificación de los diversos manuscritos que las contienen, los fragmentos griegos —lengua original en la que se pronunciaron—, que se conservan, y la traducción latina hecha por Rufino, de la que se sirve el traductor del país vecino.

Las *Homilias sobre el Levítico* no comprenden la explicación total del contenido del libro veterotestamentario; por eso, es digno de resaltar el trabajo realizado por el A. de la traducción francesa en las pp. 59-62, donde señala, en columnas paralelas, los lugares de las *Homilias* en los que se glosan determinados pasajes del Levítico. La introducción del tra-

ductor francés acaba con la indicación de las abreviaturas de aquellas obras mayormente citadas. Y después de transcribir el texto latino de las *Homilias*, según Rufino, y la correspondiente y bien realizada traducción al francés, Borret pone fin a su trabajo con unos índices —escriturístico, de nombres propios y analítico— de gran utilidad para el lector. En este aspecto también hay que destacar la minuciosidad y buen criterio con que está realizado el índice analítico.

Se trata, pues, de un trabajo importante, el realizado por M. Borret. No sólo por el contenido —pues nos acerca a la obra de uno de los mayores teólogos de la Antigüedad, y realizada por él en plena madurez científica—, sino también por la forma en que está elaborado. Las notas complementarias que se señalan al final del primer volumen soslayan no poco la parquedad de aquellas otras que deberían señalarse a pie de página en los lugares correspondientes de la traducción, a manera de oportunas explicaciones o referencias críticas.

MARCELO MERINO

Bernard SESBOÛÉ, *Basile de Césarée: Contre Eunome, livres I-III, suivis d'Eunome: Apologie. Introduction, traduction et notes*, Paris, Eds. du Cerf («Sources Chrétiennes», 299 y 305), 1982 y 1983, 274 y 355 pp., 12,5 x 19,5.

B. Sesboüé, con la colaboración de Georges-Matthieu de Durand y de Louis Doutreleau para la fijación del texto e introducción, ha realizado la edición crítica del *Contra Eunomio* de Basilio de Cesarea, acompañada de una excelente traducción francesa, y de la *Apología* de Eunomio, también traducida. El volumen I comprende, además de la introducción, el primer libro *Contra Eunomio*; el volumen II comprende los dos restantes libros y la *Apología* de Eunomio, precedida de otra introducción.

Según es costumbre en la conocida colección *Sources chrétiennes*, se ha iniciado este trabajo con una relación bibliográfica, tanto de las fuentes como de los estudios existentes acerca de la obra citada.

De particular interés son las amplias introducciones que prepararan a la edición crítica y traducción. En ellas no sólo se considera el estado de la tradición manuscrita de los tres libros *Contra Eunomio* y de la *Apología* de éste, sino también las cuestiones de autenticidad, así como las circunstancias históricas de esta controversia. También se ofrece en las introducciones un documentado estudio sobre las influencias filosóficas y patrísticas que han modelado la teología trinitaria de Basilio el Grande y de Eunomio.

Basilio fue sacerdote de Cesarea, en Capadocia, en el momento en que compuso el *Contra Eunomio*, en el 364. Será obispo en el 370. Eunomio fue nombrado obispo de Cízico, en el Helesponto, en el año 360, pero fue depuesto en el 361 y enviado al exilio a causa del escándalo de sus propios partidarios arrianos. Para defenderse, escribió una *Apología*,